

Academia de Buenas  Letras de Granada

# DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL

ILMO. SR. D. JUAN VARO ZAFRA

EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA

Y

# CONTESTACIÓN

DEL

ILMO. SR. DON WENCESLAO-CARLOS LOZANO

ACTO CELEBRADO EN EL PARANINFO

DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA

EL DÍA 12 DE ENERO DE 2009

GRANADA

MMIX

*Edita:* © Academia de Buenas Letras de Granada  
c/ Almona del Campillo, 2 - 3º  
18009 Granada  
[www.academiadebuenasletrasdegranada.org](http://www.academiadebuenasletrasdegranada.org)  
*Imprime:* La Gráfica S.C.And. - Granada  
*Depósito Legal:* Gr-2628/2008  
*I.S.B.N.:* 978-84-691-6286-6

# DISCURSO

DEL

ILMO. SR. D. JUAN VARO ZAFRA

“La ironía trágica de *Guerra de Granada*,  
de Don Diego Hurtado de Mendoza”

Excmo. Sr. Presidente,  
Excmos. e Ilmos. Sras. y Sres. Académicos,  
Señoras y Señores:

**V**ERDAD dice Baltasar Gracián cuando en *El Criticón* exclama: “¡Oh gran gusto el leer, empleo de personas que si no las halla, las hace!”. Porque no es la lectura sino un modo sabio de hacerse y hallarse en lo humano. Pero cuando pienso en la cita de Gracián encuentro que en mi formación los libros han sido inseparables de los maestros y amigos que me los descubrieron, que me condujeron a través de sus páginas con sabiduría, paciencia y afecto y que aún lo siguen haciendo. Acaso tuviera razón Sócrates al afirmar que los libros no contestan cuando se les pregunta; pero estoy convencido de que, en la compañía de buenos maestros y buenos amigos, los libros gustan de abrir sus páginas a infinitas respuestas, a interpretaciones distintas y valiosas, a discusiones ricas e interminables porque por ser la lectura, como el hallarse y hacerse personas, un acto siempre abierto, está forzosamente abocada a la infinitud. Por eso, es para mí un honor entrar a formar parte de esta Academia de Buenas Letras de Granada, que en el primer artículo de sus Estatutos asume como fines propios: “Promover el estudio y cultivo de las buenas letras, estimulando su ejercicio, y contribuir a ilustrar la historia de Granada, de la Comunidad Andaluza y de España”; y es para mí un honor, sobre todo, por ser una Institución donde encuentro tantos maestros y amigos, viejos y nuevos, a los que quiero expresar mi más emocionada gratitud.

Para contribuir desde este primer momento a la consecua-

ción de tales fines en lo literario, en lo histórico y en lo granadino, he elegido como tema de este discurso la *Guerra de Granada*, de Don Diego Hurtado de Mendoza, a quien Menéndez Pelayo definiera como “el hombre más italiano del Renacimiento español”. Figura polifacética, Don Diego fue un hábil diplomático, un maquiavélico y discutible gobernante y un ocasional hombre de armas. En el ámbito humanístico sobresalió por su vasta cultura, su pasión por Aristóteles de quien llegó a traducir la *Mecánica*, y por su portentosa biblioteca que, al morir, pasó a nutrir sustancialmente los fondos bibliográficos de El Escorial. Como poeta, fue, antes que nada, un innovador. Participó junto a Garcilaso y Boscán en la revolución italianista de la primera mitad del siglo XVI. Pero conocedor más profundo de la cultura italiana que los anteriores, trajo a nuestra poesía nuevos modos y formas que habrían de prosperar a lo largo de nuestro Siglo de Oro como la epístola horaciana en tercetos y la fábula mitológica en octavas reales. Don Diego es además autor de una poesía burlesca, con frecuencia erótica, de raro ingenio y mordacidad. Cervantes, en *La Galatea*, lo alaba bajo la figura del pastor Meliso, por “la integridad de su inculpable vida, la alteza de su ingenio, la entereza de su ánimo, la graciosa gravedad de su plática y la excelencia de su poesía”.

Pero el Hurtado de Mendoza del que pretendo ocuparme en este Discurso es el historiador de *Guerra de Granada*, obra en la que narra la rebelión y guerra de los moriscos granadinos que tuvo lugar entre diciembre de 1568 y marzo de 1571. Desterrado en Granada por Felipe II, viejo y enfermo, Don Diego es un testigo excepcional, lúcido y desencantado de una guerra que supuso la destrucción de Granada y, en más de un sentido, el canto de cisne de la aristocracia caballeresca andalu-

za.

Años atrás, en 1551, Hurtado de Mendoza había tenido motivos para sentirse “en la cumbre de toda fortuna”. Tras una ascendente carrera diplomática iniciada en Inglaterra y continuada en Venecia y Trento, ostentaba los cargos de embajador en la corte del Papa Julio III, de gobernador imperial de Siena y capitán general de la Toscana. El 14 de marzo de 1551 en carta a Antonio Perrenot, por entonces obispo de Arras y consejero imperial de Carlos V, Hurtado confiesa a propósito de su gobierno en Siena que es su intención “Mostrarle [al Emperador] hecho el servicio y tenerme con esto por pagado (...); esto e irme con Dios a Generalife”. El sueño horaciano de retirarse a Granada después de haber culminado con éxito su carrera al servicio de Carlos V iba a verse pronto frustrado. En 1552, una revuelta apoyada por Francia expulsa a los españoles de Siena. Este fracaso supondría el fin de la carrera política de Don Diego.

Durante los primeros años del reinado de Felipe II, Mendoza lleva a cabo misiones secundarias en Flandes y actúa como proveedor de armadas hasta que un oscuro incidente con Diego de Leyva en la puerta de la cámara real en julio de 1568 lo lleva al destierro en Granada después de una breve estancia en la prisión de la Mota en Medina del Campo. Don Diego llegaba a Granada el 17 de abril de 1569; tenía unos sesenta y cinco años de edad. En Granada permanece hasta 1574 cuando regresa a la Corte convocado por Felipe II para presentar las cuentas de sus años en Italia. El 14 de agosto de 1575 moría en Madrid.

Los años de destierro en Granada estuvieron marcados por la soledad, el deterioro de la salud y la guerra. La caída en desgracia supuso el desapego de su sobrino, el marqués de

Mondéjar, y de muchos de sus amigos. En carta al Cardenal Espinosa de 11 de enero de 1571 da cuenta de esta situación de aislamiento y menosprecio al pedirle que agradezca al Presidente de la Cancillería, Pedro de Deza, el trato que le ha dado porque “ninguno sino él me miró ni me ha mirado el rostro dende aquí vine, ni ha hecho más cuenta de mí que de un cesto: ahora que estamos en días de penitencia, descubro mi vergüenza”. Respecto a su salud, Don Diego se lamenta en sus cartas de diversas dolencias, sobre todo de su cojera y pide insistentemente que se le permita salir de Granada para que pueda curarse. A veces no puede reprimir su innata mordacidad, como en la carta de 19 de septiembre de 1569 en la que dice: “El físico dice que tengo bazo, que es enfermedad de monjas; no lo parezco sino que estando encerrado, deseo saltar las tapias del monasterio”.

Durante estos años Mendoza, como ha señalado Erika Spivakovsky, vivió en Fuente Peña, en el extremo oriental de la Alhambra cercano a la entrada del Generalife. Sobre su alojamiento también bromea en sus cartas: “Los moros se nos vienen a comer uvas con nosotros cada día a la puerta de Granada: si esto va a la larga, como me temo, convidallos pienso en mi posada, que es la primera del lugar” (carta de 3 de octubre de 1569).

La guerra es una preocupación constante en su correspondencia. Recién llegado a Granada, el 5 de mayo de 1569, dirige una carta al Cardenal Espinosa en la que examina con agudeza la situación en su conjunto. Mendoza no ha perdido el olfato político ni la astucia tantas veces demostrados durante sus lejanos años en Italia. No deja de sorprender cómo en unos pocos días el viejo embajador había sido capaz de captar con tanto precisión la complejidad de esta guerra y



la personalidad y actitud de los contendientes de uno y otro bando. En la carta citada, Don Diego cifra en tres las posibilidades de los moriscos. En primer lugar, “juntarse y dar una batalla en cualquier paso”, aprovechando la inaccesibilidad de las Alpujarras. Esta opción, como después confirmarían los hechos, sería desastrosa para los cristianos; la segunda consiste en venir a Granada. Mendoza opina que en tal caso perderían la guerra aunque harían gran daño. La tercera posibilidad es la capitulación. Don Diego aconseja a Espinosa procurar este camino y, con notable maquiavelismo, explica:

El tercer punto, que es contratar, atento que los pueblos o han de ser engañados o oprimidos, y que andar a oxeo tras estos no nos ha ydo bien por ser en el Apuxarra, y que es consejo largo y que costará gente y dinero, por ventura no sería fuera de propósito, después de haberles ocupado los lugares donde se acogen y hecho el agosto de las cebadas que hay, usar de diligencia y persuadilles que se rindan (...). Tras el concierto puede haber lugar el castigo con ventaja y comodidad nuestra; y el mudar la manera de república y gobierno dellos, como más el propósito fuere.

La carta se muestra igualmente incisiva cuando se ocupa de la situación de los cristianos. Don Juan de Austria ha venido para sustituir al Marqués de Mondéjar en la dirección de la guerra, pero su autoridad se ve constantemente rebajada por la “Babilonia de preeminencias de Granada”, cuyas autoridades están enfrentadas unas con otras: “El Audiencia ni el Capitán General, ninguno dellos sufre igual y cada uno huelga que el otro haga necesidad”. Después de pasar revista a la actuación de las autoridades granadinas, Don Diego termina

la carta afirmando que Don Juan de Austria desea contar con su opinión y pide a Espinosa que le autorice a formar parte de su consejo. Pero el rencor del Rey no lo permitiría. En el margen de esta carta, hay escrito con letra de Felipe II: “No conviene esto, ni conviniera aun en otro tiempo quanto más en éste, y aun la estada en la ciudad no sé si es conforme a la calidad del delito”.

Don Diego escribe *Guerra de Granada* durante estos amargos años de destierro. En el exordio, el autor expresa su intención, traza las lindes de su obra, y adelanta algo del tono descarnado y crítico del texto. Espiguemos algunos pasajes de este inicio del libro:

Mi propósito es escribir la guerra que el Rey Católico de España don Felipe II, hijo del nunca vencido Emperador Don Carlos, tuvo en el reino de Granada contra los rebeldes nuevamente convertidos, parte de la cual yo vi y parte entendí de personas que en ella pusieron las manos y el entendimiento.

Hurtado de Mendoza construye su exordio conforme a los principios teleológicos de la retórica clásica: se trata de presentar la obra, captar la atención, conseguir la docilidad, esto es la permanencia en la atención, y la benevolencia de los lectores. Por eso, frente a los historiadores de grandes acontecimientos, Don Diego reivindica la importancia de su obra e insta a la lectura mediante el adelanto de la gravedad y carácter de esta guerra que comenzó de un modo tan aparentemente menor:

Yo escogí camino más estrecho, trabajoso, estéril y sin gloria; pero provechoso y de fruto para los que adelante vinieren:

comienzos bajos, rebelión de saltadores, junta de esclavos, tumulto de villanos, competencias, odios, ambiciones y pretensiones; dilación de provisiones, falta de dinero, inconvenientes o no creídos, o tenidos en poco; remisión y flojedad en ánimos acostumbrados a entender, proveer, y disimular mayores cosas: y así no será cuidado perdido considerar de cuan livianos principios y causas particulares se viene a colmo de grandes trabajos, dificultades y daños públicos, y casi sin remedio.

Y termina el exordio con la captación de la benevolencia de los lectores en la que expresa su compromiso con la verdad, piedra de toque de todo relato histórico, así como la consideración ciceroniana de la historia como maestra de vida:

Agradezcan y acepten esta mi voluntad libre, y lejos de todas las cosas de odio o de amor, los que quisieren tomar ejemplo o escarmiento; que esto sólo pretendo por remuneración de mi trabajo, sin que de mi nombre quede otra memoria.

La primera edición de *Guerra de Granada* (Lisboa, 1627) corrió a cargo de Luis Tribaldos de Toledo. En palabras del editor, la dureza del texto aconsejó demorar la publicación hasta que hubieran muerto todos los que en aquella guerra se vieron involucrados porque Mendoza –dice Tribaldos en su prólogo– “afectó la verdad, y consiguióla, como conocerá fácilmente quien cotejare este libro con cuantos en la materia han salido. Porque en ninguno leemos nuestras culpas o yerros tan sin rebozo; la virtud o razón ajena tan bien pintada; los sucesos todos tan verosímiles: marcas por las cuales se gobiernan los lectores en el crédito de lo que no vieron”.

Pero estos casi sesenta años transcurridos desde la escri-

tura del texto hasta su primera edición no impidieron la difusión de la obra desde muy temprana fecha. En 1573 Felipe II dispone ya de un manuscrito probablemente remitido por Jerónimo Zurita, corresponsal de Don Diego quien se lo habría enviado personalmente. En los años siguientes, *Guerra de Granada* es utilizada, a veces copiada, por autores como Luis del Mármol Carvajal, Francisco Bermúdez de Pedraza, fray Jaime Bleda, Ginés Pérez de Hita y Juan Rufo. Para evidenciar la difusión del texto en manuscritos, González Palencia y Mele recuerdan en su magno trabajo sobre Don Diego las palabras de Bermúdez Pedraza quien en su *Antigüedad y excelencias de Granada* (Madrid, 1608) afirma: “Don Diego de Mendoza (...) escribió un libro de la guerra y rebelión de los moros de Granada, el cual, aunque no está impreso, tiene tan grandiloco y elegante estilo, que todos los lectores los trasladan: y hay tantos manuscritos que no hace falta la estampa”.

Frente a los historiadores que toman como modelos a Cicerón y Livio, Hurtado de Mendoza elige como referentes a Tácito y Salustio entre los clásicos y a Guicciardini y Maquiavelo entre los modernos. Esta elección no afecta sólo al estilo literario sino que delata una actitud historiográfica crítica y distanciada frente al asunto tratado. Como ha señalado Jean Vilar, hacia 1570 se conforma un modo de escritura que afectará sobre todo a los historiadores de acontecimientos recientes al que bien puede denominarse “historia triste”. La elección de Tácito como modelo frente a Livio o César no es una inocente decisión estilística, sino una posición comprometida ante los acontecimientos que pretenden narrar. Estos historiadores españoles prefieren la Roma decadente y angustiosa de Tácito frente al modelo de la Roma

triunfante de Livio. Se oponen así a los historiadores militantes que conciben la historia como apología de reyes y personajes heroicos. Vilar ofrece algunas claves que explican la fortuna del estilo angustiado de la “historia triste” en España; en su opinión, la melancolía hispana del Siglo de Oro se sostiene sobre un persistente pensamiento aristotélico que justifica la esencial decadencia del mundo terreno, y que se avala por la concepción agustiniana de la historia expuesta en *La ciudad de Dios*.

En su aspecto formal, *Guerra de Granada* sorprende por su prosa seca, abrupta, con frecuencia oscura y afectada producto de una adaptación no siempre lograda de la escritura latina al castellano. Respecto a su valor historiográfico, como observara Morel-Fatio, el libro delata el estado social y moral de la España de Felipe II:

En ninguna parte se ha pintado mejor el inaudito desconcierto que en los grupos dirigentes provocó el levantamiento (...) de estos musulmanes mal armados, poco ejercitados y muy poco ayudados por sus correligionarios del norte de África. La ausencia de un ejército permanente organizado y de centros de reclutamiento; la corrupción de los capitanes reclutadores preocupados sólo por enriquecerse simulando falsos efectivos; la indisciplina, la codicia y la cobardía de las milicias comunales que a la menor ofensiva del enemigo desertan para salvar el fruto de sus rapiñas; las rivalidades entre los grandes señores andaluces (...). Los únicos puntos luminosos de este cuadro sombrío son las proezas de algunos nobles voluntarios, a los que la *Guerra* llama ‘la gente particular’, cuyo heroísmo caballeresco, digno de los viejos tiempos, redimió un poco la conducta vergonzosa de los

milicianos (...).

La tragedia de la destrucción de Granada alcanza en el libro momentos de extraordinario dramatismo. Dos pasajes en los que Mendoza describe el triste destino de los vencidos servirán para mostrar la intensidad emocional del texto. Cuando se hace referencia a la orden del Rey por la que, al poco de comenzar la guerra, se expulsa a los moriscos de Granada, Don Diego no duda en implicarse afectivamente en el relato y nos dice, recordando la pasada vida feliz de los desterrados:

Fue salida de harta compasión para quien los vio acomodados en sus casas: muchos murieron por los caminos de trabajo, de cansancio, de pesar, de hambre, a hierro, por mano de los mismos que los habían de guardar, robados, vendidos por cautivos.

En términos semejantes se nos muestra al final de la obra, cuando la reflexión se eleva desde el destino de los moriscos al de la propia tierra granadina:

Los moros que quedaban unos se dieron de paz, y otros se pasaron a Berbería; y a los demás las cuadrillas y la frialdad de la sierra, y mal pasar los acabó; y feneció la guerra y levantamiento.

Quedó la tierra despoblada y destruida: vino gente de toda España a poblarla y dábanles las haciendas de los moriscos (...).

Dos aspectos, aparentemente contradictorios, refuerzan la naturaleza trágica del libro: la dimensión elegíaca del relato

y la carga irónica que Don Diego emplea en el análisis de los acontecimientos y, sobre todo, en el examen de las motivaciones de los personajes. Frente al modelo de historia triunfante que indaga en el mito fundacional o en el momento decisivo que gesta el carácter de un pueblo o frente al relato histórico centrado en las hazañas de un personaje determinado, *Guerra* ofrece el cuadro –más que el proceso- de la disolución de un mundo. La elegía, por tanto, se configura como un mecanismo de recuperación de un pasado perdido en cuanto que perdido. La ironía, por su parte, es un instrumento de corrosión del presente; degrada la realidad, socava sus fundamentos y la hace si no más real, más verdadera.

El elemento elegíaco de *Guerra de Granada* está orientado hacia la recuperación fantasmal de un mundo irrecuperable, la Granada de antes de la guerra que ya sólo podrá vivir en la memoria de los que aún la conocieron y, sobre todo, en la literatura. Es sintomático, en este aspecto, que una de las pocas intromisiones del autor en el relato tenga por objeto este recuerdo vivo de aquella Granada, cuando Mendoza evoca la cueva que atraviesa la ciudad “hasta la aldea que llaman Alfacar, que en mi niñez yo vi abierta (...)”. La edad de oro de la ciudad a partir de la que deviene el estado de decadencia y destrucción del presente fue, para Mendoza, la de su infancia, la Granada que conoció de niño, cuando su padre Don Iñigo López de Mendoza, ejercía la máxima autoridad de la ciudad. Con estas palabras describe Don Diego la caída de la ciudad y el abuso contra la población morisca:

Gobernábase la ciudad y reino como entre pobladores y compañeros con una forma de justicia arbitraria, unidos los pensamientos, las resoluciones encaminadas en común al

bien público: esto se acabó con la vida de los viejos. Entraron los celos; la división sobre causas livianas entre los ministros de justicia y de guerra (...). Vínose a causas y pasiones particulares, hasta pedir jueces de término (...) con (...) intento de echar algunos de sus heredamientos. Este fue uno de los principios en la destrucción de Granada común a muchas naciones; porque los cristianos nuevos, gente sin lengua y sin favor, encogida y mostrada a servir, veían condenarse, quitar o partir las haciendas que habían poseído, comprado o heredado de sus abuelos, sin ser oídos.

En otros casos, la añoranza de un pasado mejor apunta a los tiempos del Emperador que se antojan brillantes y épicos en comparación con los días presentes de Felipe II en esta guerra:

(...) traje a la memoria numerosos ejércitos disciplinados y reputados en que yo me hallé, guiados por el Emperador don Carlos, uno de los mayores capitanes que hubo en muchos siglos (...). Como por el contrario ninguno he visto hecho tan a remiendos, tan desordenado, tan cortamente proveído, y con tanto desperdiciamiento y pérdida de tiempo y dinero; los soldados iguales en miedo, en codicia, en poca perseverancia y ninguna disciplina.

La yuxtaposición forzada de los tiempos gloriosos del Emperador con la catastrófica campaña granadina lleva a Mendoza a elevar el tono recordando un momento sin comparación posible: la victoria de Pavía en la que el ejército imperial bajo el mando de Antonio de Leyva derrotó a fuerzas muy superiores comandadas por Francia, llegando inclu-



so a capturar a su rey, Francisco I:

¡Qué cosa para los curiosos que vieron al señor Antonio de Leiva teniendo sobre sí el campo de la Liga, cuarenta mil infantes, nueve mil caballos, y la ciudad enemiga; él con solos siete mil infantes enfrenarla, resistir los enemigos, sitiarse el castillo, y al fin tomarlo, echar y seguir los enemigos, fuertes, armados, unidos, la flor de Italia soldados y capitanes!

Acaso uno de los pasajes más conocidos de *Guerra de Granada* sea el que a imitación de Tácito describe el encuentro del Duque de Arcos con los restos de Don Alonso de Aguilar, hermano del Gran Capitán, muerto en Sierra Bermeja, durante una batalla contra los moriscos en el pasado levantamiento de 1501. La crítica ha sido dura con esta imitación, y ha discutido su pertinencia y su verosimilitud. Pero, desde mi punto de vista, la imitación de Mendoza adquiere un sentido distinto al texto del historiador romano. Hurtado no evoca un simple desastre militar, sino que canta una guerra más noble que la actual, con héroes memorables y enemigos honrosos: épica y elegía, de nuevo abrazadas en un pasaje espectral que dejan en sombra la guerra presente y constata el final de una era heroica:

Comenzaron a subir la sierra, donde se decía que los cuerpos habían quedado sin sepultura; triste y aborrecible vista y memoria. Había entre los que miraban nietos y descendientes de los muertos o personas que por oídas conocían ya los lugares desdichados. (...) Blanqueaban calaveras de hombres y huesos de caballos amontonados, desparcidos, según, como y donde habían parado; pedazos de armas, frenos, despojos de jaeces. (...) Iban señalando los prácticos de la tierra dónde habí-

an caído oficiales, capitanes y gente particular; referían como y donde se salvaron los que quedaron vivos (...); en qué lugar se retrajo don Alonso y se defendía entre dos peñas; la herida que el Ferí, cabeza de los moros, le dio primero en la cabeza y después en el pecho con que cayó (...). Lloráronle amigos y enemigos (...).

Esta pulsión elegíaca se introduce más aún en el ámbito de lo fantasmal, cuando Hurtado al hacer balance de la guerra de Ronda, se remonta a la batalla de Munda entre César y Pompeyo y afirma:

Donde hoy día, como tengo dicho, se ven impresas señales de despojos, de armas y caballos; y ven los moradores encontrarse por el aire escuadrones; óyense voces como de personas que acometen: estantiguas llama el vulgo español a semejantes apariencias o fantasmas, que el vaho de la tierra cuando el sol sale o se pone forma en el aire bajo, como se ven en el alto las nubes formadas en varias figuras y semejanzas.

Tampoco escapan los musulmanes de esta visión elegíaca de la historia en la que el presente resulta empequeñecido y decadente comparado con el pasado glorioso. Así, al glosar la figura de Aben Humeya, Hurtado afirma que en éste revivió el linaje de los poderosos reyes moros que un día dominaron la mayor parte de lo que entonces se consideraba el mundo, para añadir a continuación una reflexión que podría pasar por divisa de “la historia triste”:

La ocasión convida a considerar, que como todo lo que en él [el mundo] vemos se mantenga por partes, que juntas le dan el ser,

y una de ellas sea las castas o linajes de los hombres; éstas como en unos tiempos parecen estar acabadas hasta venir a pobres labradores, así en otros salen y suben hasta venir a grandes reyes. Pero muchas veces el Hacedor de todo no hallando sujeto aparejado, produce cosas disminuidas semejantes a las grandes, como fruto en tierra cansada u olvidada; o como queriendo hacer hombre hace enano, por falta de sujeto, de tiempo, de lugar.

Como se ha apuntado anteriormente, la recuperación elegiaca de este pasado perdido en cuanto que definitivamente desaparecido implica la puesta en cuestión del presente cuya disolución se agudiza con diversos procedimientos irónicos que lo desvirtúan, haciéndolo grotesco e impreciso.

Respecto a las evoluciones militares, Mendoza se burla de la torpeza y los despropósitos del bando cristiano. Veamos dos ejemplos. En el primero, Don Diego describe con sorna y concisión ejemplares el ataque a las Albuñuelas. Se trata de un relato anti-épico y tragicómico:

Mandóse a don Antonio de Luna, capitán de la Vega, que con cinco banderas de infantería y doscientos caballos, amaneciese sobre el lugar, degollase los hombres, hiciese cautiva toda manera de persona, robase, quemase, asolase las casas. Más don Antonio (...) llegó cuando los vecinos parte eran huidos a la montaña, parte estaban prevenidos en defensa de las calles y plazas (...). Anduvo la ejecución tan espaciosa, la gente tan tibia, que de los enemigos murieron pocos, y de esos los más viejos, perezosos y enfermos (...); fue saqueado el uno de los tres barrios, y el escarmiento de los enemigos tan liviano, que saliendo por una parte nuestra gente, entraba la suya por otra: habitaron las casas, segaron sus panes aquel año y sembraron

sin estorbo para el siguiente.

En el segundo ejemplo, sobre el que ha llamado la atención David H. Darst en el sentido crítico que aquí se señala, Hurtado refiere la no menos risible campaña de Güejar Sierra, donde se ridiculiza incluso a Don Juan de Austria mediante una comparación irónicamente antitética con su padre, Carlos V porque si por una parte afirma que “llevó la gente ordenada; y a los que nos hallamos en las empresas del Emperador, parecía ver en el hijo una imagen del ánimo y provisión del padre”; por otra desmonta esta imagen cuando se descubre que, pese al “ánimo y la provisión del padre”, Don Juan de Austria se había perdido durante su avance por la Alpujarra, lo que había hecho que el Duque de Sessa llegase con antelación tomando la aldea en la que sólo encontró “diez o doce viejos, que de pesados escogieron quedar a morir en ella”; cuando finalmente llegó Don Juan confundió las banderas del Duque con las de los enemigos y comenzó a bombardearlos creando el terror y la confusión entre las tropas de aquel. Mendoza sentencia como conclusión: “Tuvo la toma de Güéjar más nombre lejos, que cerca; más congratulaciones, que enemigos.”

Pero la ironía de Mendoza se hace más incisiva en este proceso de corrosión del presente cuando deja en la incertidumbre las motivaciones de los protagonistas individuales y colectivos. En efecto, Don Diego utiliza sistemáticamente fórmulas disyuntivas, con frecuencia antitéticas, para explicar la vida psíquica de sus personajes, lo que da como resultado una suspensión de la certeza en el lector. Así, por ejemplo, cuando la rebelión se extiende por las Guájaras, Mendoza dice: “El señor de uno de aquellos lugares, o con ánimo de tenerlos pacíficos, o de robarlos y cautivar la gente

(...)”. El lector no puede valorar a este personaje: ¿persigue el fin noble de pacificar la zona, o tiene la intención execrable de saquearla y esclavizar a sus habitantes? En otro momento, cuando Juan de Villarroel va a reconocer un terreno, Mendoza comenta que comenzó “a seguirlo mucha gente principal y otros desmandados o por acreditar sus personas o por codicia del robo”. De nuevo se tensa el arco de posibilidades: ¿qué guía a los soldados, la consecución del mérito o la rapiña? La sospecha alcanza a su propio sobrino, el Marqués de Mondéjar. Cuando Don Juan de Austria llega a Granada, Felipe II pide al Marqués que acuda al consejo de su hermano o que continúe la campaña de Órgiba. Mondéjar decide ir al encuentro de Don Juan y dice Hurtado: “o porque con la práctica de la guerra pasada, con el conocimiento de la tierra y gente, y con el ejército de aquella manera de milicia en que se había criado (aunque en todo diferente a la ordinaria), esperaba que el crédito y el gobierno pararía en su parecer, y la ejecución en su mano; o temiendo quedar debajo de mano ajena, y ser mal proveído, mandado y a veces calumniado o reprendido como ausente (...)”. De forma que se nos ofrecen dos perspectivas del Marqués: o es un noble de espíritu caballeresco que quiere hacer valer su experiencia o es un cortesano medroso que teme la maledicencia y el descrédito. Un último ejemplo nos dará buena medida del alcance de este procedimiento. Se contempla la posibilidad de fortificar Güéjar y dice Mendoza:

y en fin se dejó; o porque no bastase la gente que en la ciudad había de sueldo a asegurar a Granada todo a un tiempo y socorrer en una necesidad a Güéjar como la razón lo requería; o que no cayesen en que los enemigos se atreverían a fundar

guarnición en ella tan cerca de nosotros; o, como dice el pueblo, (que escudriña las intenciones sin perdonar sospecha, con razón o sin ella), por criar la guerra entre las manos; celosos del favor en que estaba el marqués de Vélez, y hartos de la ociosidad propia, y ambiciosos de ocuparse, aunque con gasto de gente y hacienda.

El cúmulo de opciones y perspectivas es tal en estos pasajes y en tantos otros, que tenemos como lectores la sensación de que Hurtado de Mendoza ha narrado no la guerra, sino todas las posibles guerras de Granada. Todo queda bajo sospecha: las gestas disimulan la codicia o la vanidad; bajo las decisiones estratégicas laten los intereses particulares y la mezquindad absoluta. Mientras tanto se va tejiendo un relato coral sórdido, pesimista y sin héroes, una “historia triste” cuya única protagonista es la muerte.

JUAN VARO ZAFRA  
(Granada, 1969)

Es licenciado en Derecho y Filología Española, y Doctor en Filología Hispánica. En el año 2000 obtuvo el Premio Genil de Literatura de la Diputación de Granada con su primer libro de aforismos, *Jugador de Ventaja* (Diputación de Granada). En 2002 publica su segundo libro de aforismos, *Desaforado* (Alhulia). En 2006 ha publicado la breve serie aforística *Mudo pez en el mar* en la colección “Espada de Luz” en edición no venal del Instituto “Alhambra” de Granada. En 2007 ha publicado la segunda serie de *Mudo pez en el mar*, en la editorial Bellver de Granada. Algunos de sus aforismos han sido incluidos en el catálogo *Ojos del Sur. Artes visuales y literatura del siglo XXI* (Universidad de Granada, 2005). Ha publicado la antología de poesía granadina reciente *En lo oscuro y en el agua* (Huelva, Odiel, 2006) y otra antología de aforismos de Juan Ramón Jiménez titulada *Río arriba* (Madrid, Visor, 2007). Como crítico es autor del libro *Alegoría y metafísica* (Universidad de Granada, 2007) e *Isla de los días. Aproximaciones a la poesía de Antonio Carvajal* (Alhulia, 2008). Junto a Andrés Soria Olmedo y María José Sánchez Montes ha participado en la edición de las *Actas del Congreso Internacional Federico García Lorca clásico moderno (1898-1998)* (Diputación de Granada, 2000). Su investigación universitaria se ha centrado en la mística del siglo XVI, particularmente en la poesía de San Juan de la Cruz, sobre el que ha publicado diversos artículos en revistas especializadas como *Analecta Malacitana*, *Revue Romane*, *Salina* y *Signa*; y en la obra de Diego Hurtado de Mendoza. Ha participado en los catálogos

*Una densa polimorfía de belleza. Góngora y el grupo del 27*, editado por Andrés Soria y Juan Ramón Jiménez. *Aquel chopo de luz*, editado por Javier Blasco, ambos publicados por la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía. Ha colaborado con artículos y reseñas críticas en los periódicos *La opinión de Málaga* y *Granada Hoy* y en diversas revistas literarias como *Florentia Iliberritana*, *Quimera*, *Humanitas*, *Antaria* y *El fingidor*, entre otras. Ha escrito los prólogos de la novela *Paisaje quebrado* de Alejandro Pedregosa (Germanía, 2005), de la Ópera de cámara *Don Diego de Granada* (Ediciones de aquí, 2004) y del libro de poemas *Del camino de Andújar* (Negrón chico, 2002) ambos de Antonio Carvajal.



CONTESTACIÓN

DEL

ILMO. SR. D. WENCESLAO-CARLOS LOZANO

Excmo. Señor Presidente,  
Excmos. e Ilmos. Sres. y Sras. Académicos,  
Señoras y Señores:

**A**NTES de tener la fortuna de tratarlo personalmente, conocí a Juan Varo Zafra por sus artículos de *El Fingidor*, aquella estupenda revista cultural de la Universidad de Granada engendrada y primorosamente criada por José Gutiérrez, que acogió en buena hora una decena de reseñas y artículos suyos en algunos de los 34 prolíficos números que cubrieron casi una década granadina de cultura y pensamiento. Sobre sus aforismos, sobre San Juan de la Cruz, Fray Luis de Granada, Elena Martín Vivaldi, a quien, para él, “todos los poetas de Granada deben algo, y los mejores mucho”; sobre Antonio Sánchez Trigueros, sobre su maestro Antonio Carvajal, ese poeta que “en todo se posa, por todo pregunta, y todo nombra”. Y al que, por lo demás, ha dedicado este año 2008 un libro titulado *Isla de los días*, conformado por una docena de enjundiosas aproximaciones a su obra.

Así, mi primera experiencia lectora de Juan Varo me vino como colaborador, revisor y, por tanto, atento lector de los trabajos que en aquella memorable revista de cultura se producían, una firma que retuve de inmediato en la memoria por su calidad y seriedad discursiva. Tras conocerlo, al aprecio intelectual se añadió el personal, y ambos se reforzaron con la posterior lectura de sus sólidos trabajos de investigación literaria, en los que prima la impronta filosófica, como puede comprobarse en un libro de la envergadura material e intelectual como el titulado *Alegoría y metafísica*. Un aprecio así mismo fortificado con la lectura de sus aforismos, esa forma de tratamiento homeopático del pensamiento, sin efectos

secundarios ni peligro de intoxicación, que a la larga dicen que resulta tan beneficioso para la salud. Aforismos que no están ideados para pensar menos, sino más con menos palabras y de manera más divertida y práctica, siendo las palabras sobrantes como esos muebles que parecen estar ahí sólo para que tropecemos con ellos. En el año 2000, Juan Varo recibió el Premio Genil de Literatura por su primer libro de aforismos *Jugador de ventaja*; en 2002 publicó el segundo, de título *Desaforado*, y entre 2006 y 2007 dos series más con el título de *Mudo pez en el mar*. Y no se detiene ahí su querencia aforística, pues hay que añadir su primorosa edición de los aforismos de Juan Ramón Jiménez en 2007.

Sin abandonar casi nunca el ademán poético, se revela como un maestro de la ironía, con una agudeza epigramática en la que se autoafirma, además del escritor y el artista, el ser social responsable de sus actos, y el hombre que intenta aclararse en ese maremágnum de confusiones categóricas que es la existencia para toda vida inteligente. En todos los casos, prevalece el sentido de la responsabilidad de quien, lejos de toda ínfula de superioridad, sólo se reconoce externo a la masa en su capacidad de autoconocimiento. Aforismo que se cuestiona a sí mismo como el siguiente: “Por cada cosa que es un aforismo, hay otras que no es.” La excelencia expresiva como meta en estos tres: “Retórica toda pero mecánica nada. Retórica toda es la que pasa inadvertida. Toda otra retórica es mecánica.” El conocimiento de que el pensamiento es más operativo cuanto más leve, en este otro ramillete: “Denso pero no pesado; fácil de tragar y difícil de digerir. No importa la brevedad sino la concentración expresiva. La concentración expresiva resulta de la relación existente entre lo

que se dice y lo que se deja de decir.” Conste que si aquí los aglutino, lo hago en virtud del principio de aforismo “contiguado”, que no continuado, tal como él mismo ha establecido. O sea que hago mía su creencia en la corporalidad polifónica de los aforismos sin olvidar que lo que los distingue entre sí es, antes que nada, el espacio en blanco que debe haber entre ellos.

Cogitando sobre los límites del principio creativo de suspensión de la credibilidad, nos avisa de que “El autor debe mentir hasta el solo punto que le permite el lector. Ni un grado menos.” Téngase ese “menos” por ejemplo del tono mayor que preside en los aforismos de Juan Varo. Y hay lecciones para todos los gustos: lecciones de vida como “La belleza prende de soslayo, harta de frente, y asesina por la espalda”, o bien “dichoso el que encuentra la felicidad en la virtud, virtuoso el que la encuentra en la renuncia”, que no son caducas consejas de mentes pretéritas sino verdades eternas para quien repugna de los extravíos de la razón. Para no hablar de la actualidad de avisos tan serios como que “El que a buen árbol se arrima debe tener cuidado con los vertidos de los pájaros que anidan en sus ramas”. Pues el triste sino del adulado es convertirse en adulator de sus adultores y ser despreciado por éstos. Por ello mismo no alberga la menor duda de que “el mimético es al doble lo que el fanteche de fantasma”.

Nada voy a añadir –estando aún resonando en los oídos del auditorio– sobre este espléndido discurso dedicado a un autor con el que está tan familiarizado como es Diego Hurtado de Mendoza, y a un tema tan consonántico con ese

justo deseo de la Academia de que sus miembros ilustren prioritariamente la historia de las buenas letras granadinas. De hecho, la parquedad de mi aportación en palabras con-  
tantes y sonantes, en beneficio de la cita, evidencia que, por mor del vigor expansivo de sus verdades aforísticas, para hablar de Juan Varo pocas palabras bastan. La Academia de Buenas Letras de Granada no puede sino congratularse por la estupenda adquisición que ha hecho en la persona de este filólogo de previa formación jurídica y escritor penetrante, cuya joven madurez apunta sin solución de continuidad a una maestría de la que sin duda la Academia se va a beneficiar durante decenios. Bienvenido pues a ésta tu casa.

Este discurso, editado por la  
Academia de Buenas Letras de Granada,  
se acabó de imprimir en Granada,  
el 14 de diciembre de 2008,  
417 aniversario del fallecimiento de  
San Juan de la Cruz,  
en los Talleres de La Gráfica S.C. And.,  
estando al cuidado de la edición  
el Ilmo. Sr. D. José Rienda,  
Bibliotecario de la Academia

Granada,  
MMIX